

GUERRA EN CUBA Y FILIPINAS: COMBATES TERRESTRES¹.

WAR IN CUBA AND THE PHILIPPINES: GROUND FIGHTING.

*Fernando Puell de la Villa. Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado-UNED,
España.*

E-mail: dunlyssa@telefonica.net

Resumen.

En el último tercio del siglo XIX, tres guerras de emancipación, culminadas con otra librada entre España y Estados Unidos, condujeron a la independencia de la isla de Cuba. A ellas se sumó la que tuvo como escenario la isla de Luzón, en Filipinas, derivando todo ello en la pérdida de los restos del inmenso imperio ultramarino de la Monarquía hispánica. De aquellas contiendas, este artículo contemplará únicamente los combates y operaciones terrestres, prestando especial atención a los que tuvieron lugar en ambos escenarios entre 1895 y 1898, convenientemente enmarcados en su contexto político, militar y operativo.

Palabras clave: España; Cuba; Filipinas; Estados Unidos; Desastre de 1898; Ejército.

Abstract.

In the last third of 19th century, three wars of emancipation, which ended with another one between Spain and the United States, led to the independence of Cuba. In 1896 the situation became more critical because of Philippine natives' insurrection. The adverse conclusion of all these conflicts caused the total loss of the rests of the once outstanding

¹ Recibido: 06/04/2013 Aceptado: 26/05/2013 Publicado: 15/06/2013

Spanish Empire. This article will pay specific attention to the combats and military operations that took place at land, and especially to those fought in Cuba and Luzon territories from 1895 to 1898, duly enlightened through their politic, military and operative context.

Key words: Spain; Cuba; Philippines; United States; 1898 Disaster; Army.

1. Introducción.

Políticos, periodistas y escritores de comienzos del siglo xx, en pleno auge colonialista, se sintieron obligados a racionalizar la pérdida de los últimos restos del imperio ultramarino español. Tanta importancia alcanzó aquel movimiento intelectual que, hoy en día, 1898 sólo evoca el nombre de una generación literaria para la mayoría de los españoles. Y pocos recuerdan que aquel año marcó el final de una guerra de cuatro años de duración, en la que casi 50.000 familias perdieron un hijo y cuyas secuelas afectaron a un cuarto de millón de jóvenes.

La pérdida de Cuba, Puerto Rico y Filipinas no sólo debe atribuirse a las derrotas navales de Cavite y de Santiago de Cuba —debacles que obligaron a capitular sin apenas combatir a las tropas terrestres—, sino también a la inestable situación interna, conjugada con la insolidaridad e inhibición de todos los países europeos.

Sentadas estas premisas, conviene hacer un par de consideraciones previas. En los albores del siglo xix, España protagonizó la primera guerra nacional de la historia de la humanidad, aspecto que Clausewitz se ocupó de resaltar señalando que, hasta 1808, ningún pueblo había sentido la necesidad de defender su tierra contra un ejército invasor, ni aplicado a la lucha todos sus recursos y energías². Y cuando el siglo llegaba a su ocaso, España fue también pionera en la modalidad de guerra colonial. Las guerras de Cuba y Filipinas anticiparon la mayor parte de los rasgos distintivos, con que los tratadistas contemporáneos han definido las luchas sostenidas por las grandes potencias europeas contra los nacionalismos emergentes en Asia y África a raíz de la Segunda Guerra Mundial. Contendidas con abierto o encubierto apoyo militar del bloque del Este y liquidadas, en todos los casos, con la capitulación o retirada de sus ejércitos y con el resultado último de dar origen al nacimiento de nuevos estados y a crisis de distinta entidad en las metrópolis.

² ABUSCH, Alexander, (1950) *L'Allemagne jugée par un allemand*, Paris, Editions Sociales, pp. 66 y 67.

Aunque las guerras de Cuba y Filipinas estuvieron íntimamente ligadas, sobre todo en su fase final, se contemplará primero la lucha por la emancipación de Cuba, a continuación la de Filipinas para finalizar con la librada en ambos territorios contra Estados Unidos, potencia emergente de decidida vocación imperialista.

2. La guerra de Cuba.

La guerra de Cuba tuvo tres fases y un epílogo. La primera fase se inició en 1868 y terminó con la paz del Zanjón en 1878. Los españoles la llamaron ‘guerra grande’ y hoy, por influjo de la historiografía cubana, se la conoce como Guerra de los Diez Años. A semejanza de los temblores de tierra que suceden a los grandes seísmos, al año siguiente se inició la segunda fase, la llamada ‘guerra chiquita’, que fue contundentemente sofocada en menos de quince días. Y veinticinco años después, se abrió la tercera fase, que los cubanos llaman ‘guerra de independencia’ y que culminó con la derrota ante Estados Unidos, la cual condujo a la independencia de Cuba y a que Puerto Rico y Filipinas quedasen bajo el dominio de la potencia vencedora.

La ‘guerra grande’ fue una contienda larga y cruel, a la que se prestó muy poca atención en la Península, donde se estaba mucho más pendiente de las convulsiones del Sexenio revolucionario y de las peripecias protagonizadas por carlistas y cantonales. El movimiento independentista sólo tuvo verdadera importancia en la mitad oriental de la isla. Allí se combatió en la ‘guerra grande’ y en la ‘guerra chiquita’; y también allí se gestó la ‘guerra de independencia’ y se combatió contra Estados Unidos. Y de nuevo, en 1958, Fidel Castro eligió esa zona como base de operaciones en su lucha contra la dictadura de Batista.

Esta sucesión de alzamientos armados en un mismo lugar obedeció a las favorables condiciones, físicas y humanas, de una zona muy apropiada para la guerra irregular, para la lucha de guerrillas. Lo cual indica que en Cuba, al igual que ocurriría en Filipinas, la geografía, o lo que los militares denominan el terreno, fue un factor decisivo.

La longitud de Cuba es similar a la de la Península Ibérica y su anchura algo menor que la de Andalucía. Para simplificar, podemos considerarla dividida en tres zonas: oriental, central y occidental. La zona oriental, muy poco poblada en época colonial, estaba atravesada por dos grandes macizos montañosos rodeados de profundos valles, tapizados por árboles gigantes que daban sombra a una densísima e intransitable vegetación. La central, más llana aunque no mucho

más poblada, conservaba en parte el bosque tropical, interrumpido aquí y allá por ciénagas y campos de caña de azúcar. La parte más rica y habitada era la occidental, región poco accidentada y casi totalmente desforestada, donde se concentraban los principales cultivos e industrias de tabaco, azúcar y café³.

Toda la Isla gozaba y goza de un clima cálido y húmedo, insufrible durante el verano. La estación de lluvias era tan perjudicial para la salud, vida y movimiento de las tropas españolas que Máximo Gómez, al preguntarle un periodista estadounidense cuáles eran sus mejores generales, no dudó en responder: “Junio, Julio y Agosto”⁴.

Malos caminos de tierra unían entre sí las grandes ciudades del centro y del oeste; el único ferrocarril discurría por la costa norte, y la comunicación entre Santiago y La Habana se realizaba por vía marítima.

A finales del siglo xix Cuba rondaba el millón y medio de habitantes, la mitad de ellos negros y mulatos. Más de un millón residía en la parte occidental, en el área de influencia de La Habana. Otros 300.000 vivían en la zona central y el resto, en la oriental. En ésta, la población de origen peninsular era reducidísima: sólo funcionarios civiles y militares residentes en Santiago o en los núcleos urbanos costeros. Las familias pobres de raza blanca y sus peones negros y mulatos constituyeron el vivero que nutrió de mandos y de tropas a las huestes independentistas, alentadas por las soflamas de la minoría blanca educada en las universidades españolas.

La ‘guerra grande’ supuso un duro golpe para la economía de la Isla y los importantes sectores de la oligarquía financiera que la sustentaron recibieron con alivio su final. No así los profesionales e intelectuales partidarios de la independencia, quienes consideraron el pacto del Zanjón como una mera tregua. En una postura intermedia, los dueños de las grandes haciendas tabaqueras y azucareras apostaron por la autonomía política y económica y, en general, se alinearon con las autoridades españolas. Los blancos de clase media, convencidos de que España defendía mejor sus comercios y pequeños negocios, fueron nefastos para los intereses españoles por su hipernacionalismo e intransigencia. Unos 50.000, encuadrados en unidades de voluntarios,

³ GUERRA Y SÁNCHEZ, Ramiro: “El frente cubano desde la proclamación de la Independencia hasta la constitución del Gobierno en Guaimaro”. En: *Historia de la Nación Cubana*, La Habana, Ed. Historia de la Nación Cubana, 1952, t. V, pp. 3-5.

⁴ GÓMEZ, Máximo, (1940) *Diario de Campaña del Mayor General [...]*, La Habana, Comisión del Archivo de Máximo Gómez, p. 305.

combatieron con saña contra los insurgentes y sus simpatizantes. Muchos más, sin embargo, se limitaron a lucir su uniforme en el Casino Español de La Habana o a protagonizar algaradas callejeras, en las que exigían mano dura⁵.

En 1868, al romperse las hostilidades, el capitán general restó importancia al movimiento insurrecto. Después, lo magnificó para que Madrid atendiera sus peticiones de hombres y armas, al tiempo que pronosticaba su inminente resolución. Llegaron a enviarse nada menos que 181.040 efectivos. De ellos 81.248 murieron, y sólo 6.900 en combate. El resto pereció de tuberculosis, cólera o fiebre amarilla; por lesiones ocasionadas en las marchas, o por desnutrición⁶.

Los cubanos lucharon a caballo, contra tropas que se movían a pie. Se abastecían sin problemas en los poblados y su única carencia era la escasez de armas y munición. Sin interés por defender puntos concretos, sólo entablaban combate cuando estaban seguros del triunfo. Perfectos conocedores del terreno, permanecían emboscados y sorprendían a las columnas españolas en los cruces de ríos o en la profundidad de los barrancos; les ocasionaban unos cuantos heridos y volvían a la manigua antes de que aquellas pudieran reaccionar. Cuando, por azar, las columnas españolas tropezaban con una partida, ésta se apresuraba a dispersarse⁷.

Al estar ceñida desde el primer momento la insurrección a los distritos de Oriente y Camagüey, el mando español optó por aislar a los insurrectos mediante una inmensa trocha, que partió en dos la isla desde la costa norte a la costa sur. La trocha era una especie de cortafuegos, de 500 metros de anchura por 80 kilómetros de longitud, con sus extremos en las aldeas de Júcaro y Morón y salpicada de fortines y blocaos, guarnecidos por 7.000 hombres⁸.

En parte, la llegada de tropas de refresco en 1876, una vez resuelta la tercera guerra carlista en la Península, precipitó el alto el fuego, aunque pesó más el agotamiento y ruina de los partidarios de la independencia, tras una década de lucha sin cuartel. El propio Martínez Campos, autor del convenio pacificador, dudaba de que éste amortiguase las ansias de independencia. En el momento de la firma, señalando hacia el campamento insurrecto, le comentó al representante cubano: “Si se

⁵ GUERRA, Ramiro, (1950) *Guerra de los Diez Años 1868-1878*, La Habana, Cultural.

⁶ MOYA, Francisco J. de, (1901) *Consideraciones militares sobre la campaña de Cuba*, Madrid, Memorial de Artillería, pp. 69-71.

⁷ “Memoria sobre el modo de combatir en Cuba, 10 de diciembre de 1868”. Ápud PIRALA, Antonio, (1892-1893) *Historia Contemporánea. Segunda parte de la guerra civil. Anales desde 1843 hasta el fallecimiento de don Alfonso XII*, Madrid, Imp. de Felipe González Rojas, t. 4, p. 284.

⁸ “Sobre la guerra de Cuba. La trocha”. En: *Revista Técnica de Infantería y Caballería*, 1 (1896), pp. 179-306.

le ocurriese ahí a cualquiera dar un grito de ¡Viva Cuba Libre!, habría guerra para otros diez años”⁹. Y el domingo de Carnaval de 1895 se cumplió su vaticinio.

Baire, un pequeño municipio en la ladera sur de Sierra Maestra, a 50 kilómetros de Santiago, ha pasado a la historia como cuna de la independencia. La realidad es algo distinta. Baire fue uno más de los muchos lugares donde se leyeron gritos independentistas, conforme al metódico plan diseñado por José Martí. Sin embargo, la partida más numerosa fue la reunida en la ciudad de Manzanillo, muy cerca de Baire, a la que se incorporaron los tres grandes caudillos de la independencia: Máximo Gómez, Antonio Maceo y Calixto García.

A diferencia de lo ocurrido en 1868, el Gobierno reaccionó con prontitud y abundancia de medios. Sagasta proclamó “España está dispuesta a gastar su última peseta y a dar la última gota de sangre de sus hijos en defensa de sus derechos y de su territorio” y Cánovas, que le sustituyó en el banco azul a las pocas semanas, se compenetró tanto con aquella frase que a menudo se le viene atribuyendo.

En los primeros momentos, el Gobierno confiaba en resolver el conflicto rápida y contundentemente. Por ello, envió inmediatamente unos 20.000 soldados para reforzar a los 14.000 hombres de guarnición, cubriendo los puestos que dejaban vacantes en las unidades peninsulares con excedentes de cupo. Al prolongarse la guerra, el clima de exaltación patriótica que vivía el país permitió reclutar 60.000 voluntarios, de entre los 85.000 llamados a filas¹⁰.

Un año después, cuando Weyler relevó a Martínez Campos, había en Cuba más de 100.000 soldados; muchos de ellos hospitalizados o emboscados lejos del frente de batalla. Aunque Weyler suprimió la mayor parte de los destinos burocráticos, fue preciso enviarle otros 90.000 hombres a lo largo del año 1896. La población, en general, aceptó con resignación aquella sangría de jóvenes, cuyas familias se caracterizaban por no disponer de 1.500 pesetas para pagar a un sustituto¹¹.

La reiteración de expediciones, unas a Cuba y, desde septiembre de 1896, también a Filipinas, despertó voces aisladas contra la injusticia del sistema de reclutamiento y su embarque

⁹ ROA, Ramón, (1908) *Con la pluma y el machete*, La Habana, Academia de la Historia, t. II, p. 168.

¹⁰ El cómputo más completo y fiable del movimiento de tropas entre la Península y Cuba es el ofrecido en MIGUEL FERNÁNDEZ, Enrique de: “Las tropas españolas en la Guerra de Cuba: de las estimaciones especulativas a la cuantificación”. En: *Anales de la Real Academia de Cultura Valenciana*, 85 (2010), pp. 243-271.

¹¹ PUELL DE LA VILLA, Fernando, (1996) *El soldado desconocido: de la leva a la “mili” (1700-1912)*, Madrid, Biblioteca Nueva, p. 261.

dejó de dar ocasión a demostraciones patrióticas. El pánico que generaban los alistamientos se advertía en las maquinaciones familiares para evitar la marcha del hijo. Recomendaciones, cohechos y huidas al extranjero fueron moneda común.

El escándalo de ver a miles de padres tratando de sobornar a políticos, militares, médicos y funcionarios municipales obligó a reformar la ley de reclutamiento, para que: “No admita siquiera la desconfianza, hoy general y acaso fundada, de que la mayoría de los ciudadanos excluidos del servicio militar, no lo son por causa justificada”¹². Al endurecerse el sistema, se reclutaron 127.000 quintos, de los que un tercio marchó a Ultramar. Creció el terror, se dobló la cifra de prófugos, y de las calles desapareció la algarabía patriótica; las madres comenzaron a manifestarse en las ciudades al grito de “¡Que vayan los ricos! ¡Que vayan los causantes de la guerra!”¹³. La buena marcha de las operaciones en 1897 permitió al Gobierno suspender los embarques, hasta que el deterioro de las relaciones con Estados Unidos obligó a enviar con urgencia otros 16.250 hombres en la primavera de 1898¹⁴.

La insurrección de 1895 cogió desprevenido al pequeño y sedentario ejército de Cuba. El mando parecía haber olvidado las lecciones aprendidas durante la guerra grande, y tampoco aprovechó los años de tregua para profundizar en el conocimiento de la Isla, proveerse de mapas o mejorar los caminos. Por todo ello, en el primer momento y a pesar de los masivos envíos de tropas, fue imposible neutralizar la insurrección, pese a que, inicialmente, los mambises trataron de evitar los encuentros con las tropas españolas, a las que se limitaban a hostigar cuando abandonaban el entorno de los campamentos.

Al llegar el verano, en plena estación de lluvias, Martínez Campos quiso hacer una demostración de fuerza y se internó en Sierra Maestra con 1.500 soldados. Antonio Maceo, con la mitad de hombres, los emboscó en Peralejo y los acosó hasta Bayamo. El general Santocildes y 26 soldados murieron y otros 97 resultaron heridos graves. Martínez Campos, copado en Bayamo, tuvo

¹² Real decreto de 19 de junio de 1896, autorizando al Ministro de la Guerra para que presente a las Cortes el proyecto de ley sobre modificación y alteración de la vigente de Reclutamiento y Reemplazo del Ejército, exposición de motivos, *Gaceta de Madrid*, 21 de junio de 1896.

¹³ CIGES APARICIO, M., (1906) *El libro de la crueldad: del cuartel y de la guerra*, Madrid, s. n., p. 290.

¹⁴ MIGUEL, op. cit., p. 253.

que ser rescatado por la guarnición de Manzanillo, de donde regresó a La Habana. La sierra quedó en manos de los insurgentes hasta el final de la guerra¹⁵.

Cuando dejó de llover, Gómez y Maceo emprendieron un plan descabellado, cuyo éxito tuvo gran repercusión en la metrópoli, la colonia y el exterior. En octubre de 1895, partieron de Mangos de Baraguá —lugar mítico, cercano a Santiago, donde Antonio Maceo había rechazado la paz del Zanjón—, y al cabo de tres meses habían logrado atravesar la Isla de este a oeste sin apenas oposición, asolando cuanto encontraban a su paso.

La invasión, principal gesta de la independencia cubana, tuvo escasa eficacia operativa, pero minó la autoestima del ejército español, aterrizó a los hacendados de Vuelta Abajo y, sobre todo, dio credibilidad militar en Estados Unidos a los mambises, considerados hasta entonces como meras bandas de forajidos. Millar y medio de jinetes fue capaz de sortear a 100.000 soldados españoles. Desde su base de partida en Oriente, avanzaron por Camagüey y se internaron en Las Villas, tras franquear de noche la trocha talada durante la guerra grande para aislar la insurrección en la región oriental¹⁶.

El mando español perdió el contacto con la columna invasora. Máximo Gómez escribió: “Hemos conseguido ya nuestro principal objeto; que ese enemigo se nos ponga detrás, pues en vez de detenernos nos empuja”¹⁷. En efecto, mientras Martínez Campos comunicaba a Madrid que la columna invasora había regresado a Oriente, sus jinetes se encontraban a escasas leguas de La Habana. Al advertir su presencia, el pánico se apoderó de la ciudad. Se declaró el estado de sitio y se ordenó cavar trincheras en los accesos y levantar barricadas en las calles; muchos civiles optaron por emigrar a Estados Unidos.

Más conscientes de su escasez de medios, Gómez regresó a Oriente y Maceo bordeó la capital, continuó avanzando hacia el oeste y, tras atravesar el distrito de Pinar del Río, ocupó testimonialmente Mantua, la ciudad más occidental de la Isla.

Totalmente abatido, Martínez Campos propuso ser relevado por un general más enérgico. Y Cánovas nombró capitán general de Cuba a Valeriano Weyler en enero de 1896. Al llegar, veinte

¹⁵ GÓMEZ NÚÑEZ, Severo, (1895) *La acción de Peralejo*, La Habana, La Propaganda Literaria.

¹⁶ CAMACHO, Pánfilo D.: “La Guerra de la Independencia”. En *Historia de la Nación Cubana*, op. cit., t. VI, pp. 197-225.

¹⁷ GÓMEZ, Máximo, op. cit., pp. 349 y 350.

días después de la ocupación de Mantua, y ver el desbarajuste que reinaba en el ejército, pasó los primeros meses dedicado a reorganizarlo, levantar su moral y recuperar a los miles de soldados que, por diferentes razones, permanecían alejados del frente¹⁸.

Para atajar la insurrección, Weyler emprendió dos acciones simultáneas. La primera fue cortar por lo sano el apoyo que los campesinos prestaban a los rebeldes. Primero en Oriente, y más tarde en el resto de la isla, concentró a los campesinos en los pueblos ocupados por las tropas. La medida era razonable y, a lo largo del siglo xx, ha sido empleada por cuantas naciones occidentales hubieron de enfrentarse con un problema similar.

Sin embargo, la precipitación, imprevisión y falta de medios con que se implantó, la transformaron en un suplicio para los ‘reconcentrados’. Afectó a más de 100.000 campesinos; las autoridades militares les trataron como cómplices o simpatizantes de los insurrectos; no se les proporcionaron medios para subsistir, ni tampoco ropa, y apenas un techo donde cobijarse. Sus padecimientos, recrudescidos al comenzar las lluvias del verano, con su obligada secuela de muertes y enfermedades, causaron más daño a la causa española que las partidas combatientes.

La publicación de sus tétricas imágenes en los diarios españoles, europeos y estadounidenses, neutralizó los evidentes aciertos castrenses de Weyler. A medio plazo, la reconcentración provocó su cese, y, a la postre, contribuyó sustancialmente al desenlace de la contienda.

Paralelamente, Weyler ordenó reacondicionar y reforzar la trocha de Júcaro a Morón y construir otra en Mariel para aislar a Maceo en Pinar del Río. Las talas y las obras de fortificación, realizadas por soldados recién llegados de la Península, fue la operación con mayor coste en vidas humanas de la campaña. De los 42.000 hombres empleados en los trabajos, 30.000 contrajeron paludismo y fue necesario evacuarlos a La Habana. La avalancha de enfermos desbordó los hospitales y hubo que habilitar unos destartalados e insalubres almacenes de azúcar situados en una zona de marismas al fondo de la bahía, cuya insalubridad acrecentó el número de muertes.

En otoño de 1896, secos los campos, Weyler procedió a limpiar de partidas el distrito de Pinar del Río, por donde vagaban los restos de la columna de Antonio Maceo, reducida a unos

¹⁸ WEYLER, Valeriano, (1910) *Mi mando en Cuba (10 Febrero 1896 a 31 Octubre 1897)*. *Historia militar y política de la última guerra separatista durante dicho mando*, Madrid, Imp. de Felipe González Rojas, t. I, pp. 128-131.

centenares de jinetes. Perdida la esperanza de recibir ayuda de Máximo Gómez, aislado en Camagüey y ocupado en reactivar las partidas de Calixto García, Maceo bordeó por mar la trocha de Mariel y murió nada más desembarcar en un encuentro fortuito con las tropas españolas. Su muerte liquidó la insurrección en Pinar del Río.

Llegado el invierno de 1897, Weyler procedió a dispersar las partidas que operaban en el territorio comprendido entre las dos trochas. Esta campaña, coronada por el éxito, ha pasado a la historia gracias a la gesta del soldado Eloy Gonzalo García. Sitiado con su compañía en el poblado de Cascorro, se ofreció voluntario para incendiar la posición enemiga, a condición de que se recuperara su cadáver. Inmortalizado en bronce por el escultor Aniceto Marinas, con una lata de petróleo bajo el brazo y una cuerda atada a la cintura, hoy preside la cabecera del Rastro madrileño. Eloy Gonzalo no murió en Cascorro, ni su hazaña le valió la laureada. Como tantos otros soldados, falleció en un hospital cubano, víctima de la fiebre amarilla, cuando las lluvias volvieron a abatirse sobre ellos.

La zafra de la primavera de 1897 se realizó sin contratiempos y Weyler, dando por concluida la campaña al llegar el verano, decidió esperar al otoño para pacificar la región oriental¹⁹. Aunque las partidas de Calixto García continuaron activas, Máximo Gómez estaba dispuesto a darse por vencido y regresar a Santo Domingo, de donde era natural²⁰. Y si Cánovas no hubiese sido asesinado en agosto de 1897, es muy probable que Weyler hubiera acabado con la insurrección.

3. La insurrección filipina.

Al aproximarnos al lejano territorio de las islas Filipinas, todo resulta excepcional; incluso tras la apertura del Canal de Suez y la aparición del barco de vapor, la travesía de Barcelona a Manila duraba un mes. Y vemos representada aquella casi olvidada colonia hispana de forma tan diminuta en los mapas que no nos hacemos idea de que su superficie era similar a la española y de que sus aguas territoriales cubrían una inmensa parcela oceánica. Desde Batán, isla situada al sur de Taiwan, a Mindanao, existe casi la misma distancia que entre Cádiz y Guinea Ecuatorial; y las Marianas distaban de Manila lo mismo que Canarias de Cuba.

¹⁹ *Ibídem*, t. IV, p. 324.

²⁰ GÓMEZ, Máximo, *op. cit.*, p. 384.

Su población era de unos diez millones —algo más de la mitad de la española de entonces—, distribuidos entre 1.300 islas; pertenecían a ocho etnias distintas, que practicaban media docena de religiones y hablaban siete idiomas diferentes²¹.

El Archipiélago estuvo sujeto a jurisdicción castrense desde su descubrimiento. En 1840, se compartimentó en tres distritos —Luzón, Mindanao y Visayas—, divididos en gobiernos y comandancias político-militares, administradas por oficiales del Ejército con atribuciones similares a las de los antiguos gobernadores civiles de España y con potestad para nombrar a los alcaldes de su demarcación. La única autoridad que les hacía sombra era la eclesiástica, con la que mantenían frecuentes conflictos²².

Pocos oficiales estaban dispuestos a viajar a las antípodas para mandar unidades integradas totalmente por indígenas. En notable proporción, iban a Filipinas para hacer fortuna y su formación no era la más adecuada para desempeñar puestos de naturaleza político-administrativa con la dedicación y honradez necesarias, por lo que su conducta tuvo repercusiones muy negativas sobre la población.

No resulta sorprendente, por tanto, la aparición a finales del siglo xix de un generalizado clima de malestar, que devino en la creación de la Liga Filipina por José Rizal, un joven médico de ascendencia china educado en España, que pretendía convertir Filipinas en una provincia española con representación en Cortes. Rizal fue detenido, desterrado y finalmente fusilado, y su radical lugarteniente, Andrés Bonifacio, fundó la Katipunán (acrónimo de Suprema y Venerable Asociación de Hijos del Pueblo), de carácter revolucionario e independentista, de cuya fracción armada se hizo cargo Emilio Aguinaldo, antiguo funcionario del municipio de Cavite²³.

Aparte del importantísimo trasfondo anticlerical —principal argumento esgrimido por la Katipunán para lograr que los tagalos sellasen con sangre su lealtad—, conviene no olvidar la indignación generada por el sistema de reclutamiento. Todos los indígenas debían servir ocho años en el ejército, en islas y ciudades muy lejanas de su aldea y forzados a llevar un régimen de vida

²¹ *Exposición de Filipinas. Colección de artículos publicados por El Globo, Diario ilustrado, político, científico y literario*, Madrid, Imp. de El Globo, 1887, pp. 112-115.

²² BLANCO Y ERENAS, Ramón, (1897) *Memoria que al Senado dirige el General Blanco acerca de los últimos sucesos ocurridos en la Isla de Luzón*, Madrid, Imp. de El Liberal, pp. 193 y 194.

²³ MUÑIZ LAVALLE, Ramón, (1936) *Filipinas y la guerra del Pacífico*, Madrid, Bolaños, pp. 37 y 38.

muy ajeno a sus costumbres. Muchos desertaban y se veían condenados a ocultarse de por vida en la selva, al amparo de familiares y amigos.

Los oficiales despreciaban al llamado ‘indio’ filipino y desconfiaban de la tropa indígena, en particular tras el gravísimo motín de Cavite de 1872. Esta desconfianza obedecía sobre todo a la falta de comunicación con sargentos, cabos y soldados, debida tanto a su retraído carácter como al insalvable obstáculo del mutuo desconocimiento del idioma²⁴.

La falta de entendimiento obedecía también al papel desempeñado por los frailes peninsulares, intermediarios obligados para poder comunicarse y que fomentaban actitudes reaccionarias con vistas a no perder el control sobre la población nativa. La presión ejercida por el Casino Español sobre las autoridades de La Habana, de tan nefastas consecuencias para el desenlace de la insurrección cubana, tiene cierto paralelismo con la que agustinos, dominicos y franciscanos ejercieron sobre las de Manila²⁵.

Durante el siglo xix, se habían producido algunos levantamientos en la isla de Luzón, la única colonizada en su totalidad y habitada por tagalos, casi todos bautizados, escolarizados, y con cierto conocimiento de la cultura española, en comparación con los de Visayas o Mindanao. El más relevante fue el llamado motín de Cavite de 1872, instigado por tres frailes filipinos y encabezado por dos tenientes españoles presos en aquella fortaleza, que alzaron en armas a la guarnición indígena y asesinaron al gobernador. La represalia fue terrible: los tres frailes y 41 soldados fueron ejecutados y el resto, deportado de por vida a Mindanao. Además, cundió la desconfianza hacia el soldado nativo y se trajeron soldados españoles para cubrir las plazas del único regimiento de artillería de la colonia²⁶.

Otra consecuencia del motín fue la decisión de activar el hasta entonces sedentario ejército de Filipinas, doblar la plantilla de sus siete regimientos de infantería y enviar un batallón de cada regimiento a Mindanao para combatir contra los piratas mahometanos y reafirmar la soberanía españolas sobre aquella inmensa y remota isla. Ello obligó a duplicar el cupo de soldados asignado a cada poblado, gravamen que hubieron de soportar en exclusiva los tagalos de Luzón y más en

²⁴ PRIMO DE RIVERA Y SOBREMONTTE, Fernando, (1898) *Memoria dirigida al Senado por el capitán general D. [...] acerca de su gestión en Filipinas. Agosto de 1898*, Madrid, Depósito de la Guerra, p. 84.

²⁵ *Ibíd.*, p. 174.

²⁶ SCHUMACHER, John N.: “The Cavite Mutiny: toward a definitive history”. En: *Philippine Studies*, 59, 1 (2011), pp. 55-81.

particular los que no gozaban del favor de los frailes. La mayor presión reclutadora y las injusticias en la confección del alistamiento constituyeron el caldo de cultivo del estallido revolucionario de 1896²⁷.

En Manila, pese a los rumores de que algo se estaba fraguando, no se supo lo que ocurría hasta el 20 de agosto, cuando uno de los implicados confesó a su párroco que la Katipunán, a la que dijo pertenecían unos 25.000 tagalos, había ordenado asesinar a frailes y residentes españoles de la provincia de Cavite el domingo siguiente a la salida de misa.

En Cuba, transcurrieron cinco meses hasta que los mambises se hicieron fuertes. En Filipinas, desde el primer día, los katipuneros batieron con facilidad a las columnas indígenas y lucharon con éxito contra las tropas expedicionarias. Sólo su carencia de armas y municiones, unida a la decisión de hacerse fuertes en los poblados, permitió sofocar la insurrección, pero enseguida pudo observarse que gran parte de la población apoyaba el levantamiento y que la propaganda de la Katipunán había encontrado terreno abonado donde fructificar.

El capitán general, Ramón Blanco, sólo contaba con 300 artilleros españoles en Cavite y 2.000 soldados indígenas en Manila, sospechosos de pertenecer a la Katipunán. Como primera providencia, mandó venir 4.000 soldados de Mindanao y envió una pequeña columna de artilleros españoles y guardias civiles indígenas hacia el distrito de Cavite, donde Aguinaldo se había hecho fuerte en Imús, capital del movimiento rebelde. Desmintiendo las predicciones de los más agoreros, los guardias civiles combatieron “con calma y bravura”, pero la columna fue incapaz de desalojar a los rebeldes y regresó a Manila²⁸.

Ante la virulencia y extensión del levantamiento, Blanco solicitó refuerzos a Cánovas y decretó el estado de guerra. Cánovas, que ya había enviado casi 200.000 hombres a Cuba, respondió con rapidez a la petición de auxilio y le envió 5.500 soldados.

El goteo de deserciones entre las tropas indígenas aterrorizó a los residentes españoles. Blanco fue acusado de debilidad y la jerarquía eclesiástica exigió su relevo²⁹. Cánovas resolvió

²⁷ PUELL DE LA VILLA, Fernando: “El ejército en Filipinas”. En: M. D. Elizalde Pérez-Grueso (ed.), *Las relaciones entre España y Filipinas. Siglos XVI-XX*, Madrid, CSIC, 2002, pp. 196-198.

²⁸ BLANCO, op. cit., p. 199.

²⁹ SCHUMACHER, John N., (1981) *Revolutionary Clergy: the Filipino Clergy and the Nationalist Movement, 1850-1903*, Manila, Ateneo University Press, p. 52.

sustituirle por el general Polavieja que trajo consigo otros 20.000 soldados, llegando a disponerse de un ejército de 50.000 hombres, la mitad de ellos españoles.

Sobre la base de este contingente, Polavieja organizó una masa de maniobra, de carácter ofensivo, y encomendó la defensa de las plazas fuertes a indígenas voluntarios de raza distinta a la tagala, a los que atrajo con el señuelo de que los katipuneros los despreciaban y de que en sus símbolos sólo figuraba la leyenda “República tagala”. Poco después, 2.300 visayos e ilocanos desfilaban por las calles de Manila, dispuestos a luchar a muerte contra los tagalos³⁰.

Con el grueso de la fuerza europea Polavieja organizó una división, bajo el mando del general Lachambre, para operar en la provincia de Cavite. Dos de sus brigadas marcharon contra la aldea de Silang, mientras que la tercera realizaba un ataque disuasorio por el sur. Cinco días después, Silang quedó copada y sus defensores abandonaron la resistencia “porque el General Lachambre peleaba al revés”, en palabras textuales de uno de ellos, haciendo referencia a la sorpresa de verse atacados por flancos y retaguardia. La mayoría regresó a sus poblados y los hermanos Aguinaldo se refugiaron en Imús³¹.

Lachambre, antes de proseguir las operaciones, advirtió a Polavieja de que la insurrección continuaba viva y de que era arriesgado avanzar sin dejar tropas en el territorio ocupado. El capitán general comunicó al Gobierno la situación y reclamó otros 25.000 hombres. Cánovas se negó a enviárselos y Polavieja solicitó regresar a la Península, alegando que padecía paludismo.

Entretanto, Lachambre reanudó el avance hacia Imús. En Manila se creía que aquella posición era inexpugnable, pero mediante una audaz maniobra, Lachambre logró expulsar al enemigo de sus posiciones.

La caída de Imús produjo la total desbandada de los insurrectos. Críspulo Aguinaldo murió en el combate y su hermano Emilio, “el generalísimo”, escapó de Cavite y se refugió en las montañas situadas al norte de la provincia de Manila. El resto de los cabecillas se camuflaron entre los campesinos y abandonaron la lucha armada.

³⁰ MONTEVERDE Y SEDANO, Federico de, (1898) *Campaña de Filipinas: la División Lachambre, 1897*, Madrid, Hernando y Compañía, p. 88.

³¹ *Ibidem*, pp. 320y 321.

Las bajas en Filipinas fueron notablemente inferiores a las de Cuba. Allí murió un 30 por ciento del contingente; en Filipinas, algo menos de 200 hombres en combate y poco más de 3.000 por enfermedad. Esta cifra coincide con el diez por ciento de bajas considerado habitual en el trópico por los ejércitos europeos del siglo xix e indica la poca entidad de los combates librados. Los mantenidos en Silang y en Imús —únicos que merecen tal nombre y en los que intervinieron activamente 11.000 hombres— sólo causaron 183 muertos y 966 heridos en combate³².

Como en Cuba, los riesgos no eran el *Remington* o el bolo de los tagalos, sino el clima, la falta de higiene y la penuria de medios sanitarios. Durante la estación húmeda de 1897, casi la mitad de los soldados españoles enfermaron, se rebasó ampliamente el número de camas disponibles, fue necesario habilitar buques de pasajeros como hospitales y evacuar cientos de ellos hacia España, muchos de los cuales recibieron sepultura en la mar.

La dureza del terreno, la fragosa vegetación, la agobiante sensación de humedad, tenían efectos letales para la moral de las tropas, por no hablar del insoportable hedor de miles de cadáveres pudriéndose en la selva. Se sepultaron 8.110 insurrectos durante aquella campaña, pero se calcula que otros tantos quedaron sin enterrar.

Pacificada en apariencia la provincia de Cavite, Polavieja prometió indultar a cuantos entregaran las armas y regresaran a sus poblados, disolvió la división de Lachambre y distribuyó sus tropas en pequeños destacamentos.

Fernando Primo de Rivera, nombrado para relevar a Polavieja, partió de Barcelona en marzo de 1897, convencido de que sólo iba a calmar los ánimos. Sin embargo, nada más llegar a Manila, tuvo que telegrafiar a Madrid: “Los insurrectos cuentan con las simpatías, con la adhesión hasta el sacrificio, de los habitantes de la zona ocupada y de muchos residentes en Manila y otros puntos”. Calculó que unos 50.000 tagalos seguían a Aguinaldo y que al menos 1.500 armas todavía permanecían en su poder. Además, la información recibida de la provincia de Cavite apuntaba que allí “somos dueños únicamente del terreno que pisamos”³³.

³² PUELL DE LA VILLA, Fernando: “El ejército de Filipinas”. En: *El Lejano Oriente español: Filipinas (siglo XIX)*, Sevilla, Cátedra General Castaños, 1997, pp. 414 y 415.

³³ PRIMO DE RIVERA, op. cit., p. 23.

Ante este panorama, y habiéndose comprometido con Cánovas a no solicitar refuerzos, se limitó a encargar a los jefes de destacamento que no abandonaran sus puestos, trataran de mejorar las condiciones de vida de las tropas, y actuaran sólo si se sentían amenazados. Esta actitud se mantuvo durante siete meses, sosteniendo esporádicos combates en el norte de Manila y en Cavite, cuando los tagalos atacaban algún destacamento.

En agosto, se produjo el asesinato de Cánovas y su relevo por Sagasta. Primo de Rivera presentó la protocolaria dimisión y reemprendió las operaciones una vez finalizada la estación de lluvias. Al objeto de reforzar su debilitado ejército, volvió a reclutar voluntarios en Luzón, Visayas y Mindanao, con el compromiso de no operar fuera de su término municipal. Las jugosas recompensas ofrecidas atrajeron a 21.000 indígenas³⁴.

El 6 de diciembre, el capitán general ordenó a la brigada del general Castilla que aislase a Emilio Aguinaldo en los montes de Biak na Bató. Aguinaldo y sus fieles, cercados en un territorio donde era prácticamente imposible la supervivencia, capitularon a cambio de recibir 800.000 pesos y un salvoconducto para trasladarse a Hong Kong³⁵. En Manila, sin embargo, muchos consideraron que el cese de la resistencia se debió más al éxito del reclutamiento de voluntarios, sumado al agotamiento de los rebeldes, que a las propias operaciones militares.

4. La guerra hispano-americana.

La situación parecía controlada en Cuba a la llegada del verano de 1897, cuando el Partido Liberal y sus órganos de opinión emprendieron una suicida campaña de acoso y derribo contra Weyler. Sagasta creía llegado el momento de volver al banco azul y se valió de aquel método para obligar a dimitir a Cánovas. Los que respaldaban la causa cubana en Estados Unidos aprovecharon el resquicio y la prensa neoyorquina aireó las crueldades cometidas con los reconcentrados, al objeto de agitar a la opinión pública en pro de la intervención armada en la Isla³⁶.

El 8 de agosto, Cánovas fue asesinado por un anarquista. Sagasta fue nombrado presidente y relevó a Weyler por el general Blanco, quien partió de la Península con instrucciones de negociar la

³⁴ SASTRÓN, Manuel, (1901) *La insurrección de Filipinas y Guerra Hispano-Americana en el Archipiélago*, Madrid, Imp. de los Suc. de M. Minuesa de los Ríos, pp. 302 y 303.

³⁵ Pacto de Biak na Bató, 14 de diciembre de 1897: <http://general-augustin.webcindario.com/sitiobad/PACTO%20BNB.html>. Consultado por última vez el 25 de marzo de 2013.

³⁶ COMPANYS MONCLÚS, Julián, (1998) *La prensa amarilla norteamericana en 1898*, Madrid, Sílex.

paz con los cubanos y anunciar la concesión de la autonomía política a la Isla. Máximo Gómez lo consideró como una muestra de debilidad y reanudó la lucha con nuevos bríos. Hacendados y empresarios, convencidos de que se aproximaba el fin de la presencia española, cesaron de prestar apoyo al ejército.

El 1 de enero de 1898, la autonomía se hizo realidad. Una pléyade de arribistas copó su aparato administrativo; la renta de aduanas se utilizó íntegramente para pagar sus nóminas, y el resto del presupuesto, volcado hasta entonces en el esfuerzo bélico, se destinó a mitigar la miseria de los reconcentrados. Oficiales y soldados dejaron de cobrar sus pagas y la comida se limitó a un puñado de arroz y unas gotas de aceite, al negarse los hacendados a suministrar víveres a crédito. En el campo insurrecto, se compadecían de aquella penuria: “Ese gran Ejército de valientes —escribió Máximo Gómez— ha sufrido una gran desgracia que equivale a la más vergonzosa de las derrotas”³⁷.

Pero en La Habana, unos cuantos oficiales decidieron hacer patente su rechazo a la nueva situación. Tras asaltar los locales del diario *El Reconcentrado*, amenazaron de muerte a los directores de *La Discusión* y *El Diario de la Marina* por haber denunciado la crueldad de la concentración y abogado por los campesinos afectados. Aquellos desmanes sirvieron de excusa al Gobierno de Washington para enviar el acorazado *Maine* a La Habana, en teoría para proteger las vidas y propiedades de sus súbditos.

El 15 de febrero, el *Maine* voló por los aires; 266 tripulantes murieron y 59 resultaron heridos graves. Hoy se sabe con certeza que la explosión fue espontánea³⁸. Pero, entonces, la prensa neoyorquina la consideró intencionada y el espectro de los marineros fallecidos se utilizó para poner a la opinión pública en contra de España. El presidente McKinley exigió todo tipo de garantías al Gobierno de Madrid, que Sagasta, consciente de las nulas posibilidades de vencer a Estados Unidos, se apresuró a conceder.

Las muestras de buena voluntad no detuvieron a los yanquis, ansiosos por buscar un *casus belli*. Al fin, creyeron hallarlo al estimar que España se opondría a suspender las hostilidades con

³⁷ GÓMEZ, Máximo, op. cit., p. 402.

³⁸ CALLEJA LEAL, Guillermo G.: “La voladura del Maine”. En: *Revista de Historia Militar*, 69 (1990), pp. 163-196. CASALDUERO MARTÍ, Francisco: “Destrucción del Maine: un accidente que dio origen a una guerra”. En: *Ibidem*, 20 (1966), pp. 103-146.

los insurrectos. También se aceptó esta imposición y, el 12 de abril, las unidades desplegadas en Oriente recibieron orden de alto el fuego. Pese a ello, diez días después, el presidente McKinley declaró unilateralmente la guerra, avalado por la resolución aprobada por el Congreso que exigía que España renunciara “inmediatamente a su autoridad y gobierno en Cuba” y a retirar “sus fuerzas terrestres y navales de las tierras y mares de la isla”³⁹. El Gobierno español era consciente de que la derrota sería inevitable: “La diferencia es tan extraordinaria —comunicó Sagasta a la reina María Cristina, cuando conoció el texto del ultimátum—, que a V. M. bien se le alcanzan las dificultades que ofrecerán sucesivos acontecimientos”⁴⁰.

El pueblo español, intoxicado por una prensa que ridiculizaba la potencia militar de los yanquis, llegó a creer en una rápida y aplastante victoria. Con escasísimas excepciones, los periódicos emprendieron una desaforada campaña de agitación de la opinión pública, basada en apelaciones al honor patrio, clamores de guerra y, sobre todo, burla y menosprecio del enemigo. Excepcionalmente, el tono fue moderado —“Todo debe aceptarse menos que se pisotee nuestro honor y se burle de nuestra paciencia ese pueblo de mercaderes que todo lo fía a sus millones”⁴¹—, pero por lo general rayó tanto en lo grotesco que, dos días antes del rotundo desastre de Cavite, un editorial calificaba el potencial naval estadounidense de “género del Rastro” y vaticinaba que sus “indisciplinadas” dotaciones desertarían al escuchar el primer cañonazo⁴².

En Cuba, el ejército también recibió la declaración de guerra “con indecible júbilo”. Mandos y tropa consideraban que cualquier soldado no acostumbrado a aquel terreno sería incapaz de sobrevivir, con el inconveniente añadido de la proximidad de la estación de lluvias⁴³. Lo que no barajaban era la objetiva imposibilidad de resistir indefinidamente, a miles de kilómetros de la metrópoli y sin apoyo de la población civil, a menos que la escuadra asegurara comunicaciones y suministros.

³⁹ Resolución conjunta de la Cámara de Representantes y del Senado de los Estados Unidos, 18 de abril de 1898. Ápod FERNÁNDEZ ALMAGRO, Melchor, (1970) *Historia política de la España contemporánea*, Madrid, Alianza, t. 3, pp. 81 y 82.

⁴⁰ Mensaje reservado de Sagasta a la Reina Regente, 21 de abril de 1898. Ápod SOLDEVILLA, Fernando, (1899) *El año político (1898)*, Madrid, Imp. de Enrique Rojas, p. 165.

⁴¹ “Heridos y enfermos de Cuba”, *Nuevo Mundo*, 28 de enero de 1897.

⁴² “El reclamo bélico”, *El Imparcial*, 29 de abril de 1898.

⁴³ CORRAL, Manuel, (1899) *¡El desastre! Memorias de un voluntario en la campaña de Cuba*, Barcelona, Imp. de Alejandro Martínez, p. 176.

El 1 de mayo, la escuadra asignada a la defensa de Filipinas fue hundida en Cavite, lo cual puso en evidencia la vulnerabilidad de la situación española. Y veinte días después, la de Cervera fondeó en la bahía de Santiago de Cuba, donde no encontró carbón suficiente para continuar hacia La Habana⁴⁴. Aquella imprevisión selló su suerte, pues los yanquis detectaron enseguida su presencia y bloquearon la salida. A partir de ese momento, hacerse a la mar equivalía a suicidarse.

La situación permaneció estable hasta que, tras muchos percances y casi transcurridos dos meses, Estados Unidos logró constituir un cuerpo de ejército, mandado por el general William Rufus Shafter —célebre por haber derrotado a los sioux— e integrado por unos 14.000 soldados profesionales y 3.000 milicianos voluntarios, que fue trasladado en 32 barcos de pasajeros y que desembarcó laboriosa y dificultosamente del 22 al 26 de junio al este de Santiago de Cuba, en los destartados pantalanos mineros de Daiquirí y Siboney.

El desembarco sólo fue posible por la ineptitud del general Linares, gobernador de Santiago, quien decidió replegar las unidades desplegadas en los acantilados que dominaban aquella parte de la costa: “No attempt was made by the Spaniards —apreció un capitán que participó en el desembarco— to oppose the disembarkation. Early in the morning before it began these troops withdrew and retired”⁴⁵.

Resulta también inconcebible que Linares no concentrase tropas, material y provisiones en Santiago, previsible teatro de operaciones desde que la escuadra quedó atrapada en su bahía. Su guarnición ascendía a 8.000 soldados, pero había 30.000 efectivos desperdigados por el distrito de Oriente y otros 150.000 desplegados en el resto de la Isla⁴⁶.

El día 23, Linares, con 700 hombres y dos cañones, se dirigió hacia la costa para observar el desarrollo del desembarco. A medio camino, se topó con las unidades a las que había ordenado abandonar los acantilados; al ser informado por sus jefes de la situación, suspendió la marcha y se estableció a la defensiva en la colina de Las Guásimas con intención de bloquear los accesos a Santiago. Ya de noche y tras rechazar un ataque mambí, decidió abandonar aquella posición al

⁴⁴ Telegrama del Almirante Cervera al Ministro de Marina, 19 de mayo de 1898. Ápod CERVERA, Almirante, (1986) *Colección de documentos referentes a la Escuadra de Operaciones de las Antillas*, Madrid, Ed. Naval, p. 138.

⁴⁵ SARGENT, Herbert H., (1907) *The Campaign of Santiago de Cuba*, London, Kegan Paul, Trench Trübner & Co., Ltd., t. 2, p. 22.

⁴⁶ PUELL DE LA VILLA, Fernando, (2005) *El desastre de Cuba: Las Guásimas, El Caney, Las Lomas de San Juan*, Madrid, Almena, pp. 29 y 30.

amanecer del día siguiente y hacerse fuerte a las puertas de la ciudad. Esta decisión, debida sin duda a un análisis de la situación demasiado pesimista, sentenció casi definitivamente el desenlace de la guerra.

Sin embargo, apenas iniciada la operación de repliegue, los estadounidenses la interrumpieron. Uno de los regimientos que estaban en Siboney había sido informado por los mambises de la situación de la posición española y su jefe decidió enviar a sus 964 hombres a atacarla. Tras dos horas de agotadora marcha cuesta arriba, la avistaron, emplazaron cuatro ametralladoras y se lanzaron al asalto, siendo rechazados contundentemente y obligados a volver por sus pasos.

Linares se atuvo a su plan, completó el repliegue y nada más llegar a Santiago, telegrafió al capitán general informándole de lo ocurrido. Blanco inmediatamente se dio cuenta del error cometido y contestó: “hubiera sido preferible, en mi concepto, conservar [aquella] excelente posición”⁴⁷. Linares se sintió desautorizado y solicitó el relevo, tras achacar su serie de descabelladas decisiones al riesgo de que las posiciones cayesen en manos de Calixto García o pudiesen ser destruidas por los cañones de la flota estadounidense⁴⁸.

Sustituir a Linares era imposible en aquellas circunstancias y Blanco tuvo que desdecirse, excusarse y autorizarle a obrar como le pareciera más conveniente. Al replegarse a Santiago los españoles perdieron una posición clave, fácilmente defendible. Posición clave, por la propia fortaleza del terreno donde se ubicaba y también porque su ocupación condenaba al ejército estadounidense a permanecer en la plataforma litoral de Siboney, hostigado desde los acantilados y expuesto a todo tipo de enfermedades tropicales.

Aunque el combate de Las Guásimas apenas pasó de un intercambio de disparos, fue ensalzado y magnificado por la prensa neoyorquina. Además reforzó la moral de los atacantes, convencidos de haber obligado a batirse en retirada a toda una brigada española, y sobre todo les abrió el camino de Santiago. Una semana después, establecidos a diez kilómetros al este de la ciudad, en una magnífica base de operaciones alejada de los insalubres manglares costeros y con

⁴⁷ Telegrama cifrado de general Blanco, capitán general de Cuba, a general Linares, comandante general de la Provincia de Santiago de Cuba, 25 de junio de 1898: Archivo Militar de Madrid, Fondo de Ultramar, Documentación de Cuba, caja 5793.

⁴⁸ Telegrama cifrado de general Linares, comandante general de la Provincia de Santiago de Cuba, a general Blanco, capitán general de Cuba, 27 de junio de 1898: *ibídem*.

suficiente agua potable, se aprestaron a apoderarse de los barcos de Cervera, que era el objetivo que les había llevado allí.

Linares, recluido en Santiago y totalmente ignorante de los movimientos del enemigo, creía que su intención era atenazar la boca de la bahía para impedir la salida de la escuadra. En función esa hipótesis apenas introdujo cambios en el despliegue concebido para proteger la ciudad de las incursiones mambises desde meses antes del desembarco: una línea de posiciones alrededor del recinto urbano y otra lejana en los pasos de Sierra Maestra. Y para hacer frente a los estadounidenses, situó un regimiento completo en los accesos a El Morro y un batallón reforzado en los de La Socapa, las dos fortalezas que dominaban la boca de la bahía, ordenó venir a la brigada estacionada en Manzanillo y solicitó a Cervera que desembarcara parte de sus tripulaciones y las desplegara a lo largo del contorno interior de la bahía, al objeto de cubrir los flancos de ambas fortalezas.

Así pues, entre el cuerpo de ejército estadounidense y la ciudad sólo se interponía el pequeño destacamento de las Lomas de San Juan, defendido por 540 hombres con dos pequeños cañones de montaña, y más al norte y algo fuera de la previsible dirección de ataque, el poblado fortificado de El Caney, guarnecido por 527 soldados, cuya misión era proteger la represa de Cuabitas, que abastecía de agua a la ciudad, y vigilar el paso de Escandell, por donde se esperaba la llegada de la brigada de Guantánamo, de la que no se sabía nada desde que los marines desembarcaron en ese punto el 10 de junio.

El día 26, los generales estadounidenses reconocieron el terreno para evaluar el despliegue español. Dos días después, los mambises localizaron en los pasos de la sierra a la brigada de Manzanillo, que se aproximaba a marchas forzadas a Santiago con tropas de refresco, víveres y munición. Calixto García se lo comunicó a Shafter, quien convocó un consejo de guerra para determinar el plan de ataque. La decisión fue atacar las Lomas de San Juan con dos divisiones y, una vez salvado este obstáculo, bloquear la ciudad con ellas e intimar su capitulación, mientras otra tercera realizaba una maniobra envolvente. Al observar que la posición de El Caney podría amenazar el flanco de la operación, la división encargada de envolver Santiago por el norte recibió el encargo de ocuparla, estimándose que no necesitaría más de un par de horas para ello.

El 1 de julio, nada más rayar el día, las tres divisiones, con respetable apoyo artillero, iniciaron el avance. La heroica defensa de Caney, que se prolongó durante diez horas, estuvo a punto de dar al traste con todo el plan previsto. Al final, la descompensación de medios y efectivos —dos cañones de montaña frente a cuatro baterías de campaña y cerca de 12.000 hombres contra poco más de mil— se impuso y al acabar la jornada los estadounidenses eran dueños de El Caney, de San Juan y de la represa de Cuabitas. El combate fue excepcionalmente encarnizado: 82 muertos y 552 heridos por parte española, y 239 muertos, 1.295 heridos y 79 desaparecidos, por la contraria⁴⁹.

El día 2 los españoles combatieron con denuedo, aunque sin éxito, para intentar recuperar las posiciones perdidas y el 3, poco antes de que la escuadra de Cervera fuese aniquilada, Shafter solicitó autorización a Washington para abandonar la Isla ante los estragos que el clima ocasionaba en sus tropas. Además, la prensa neoyorquina había dejado de apoyar la guerra, al constatar que en la primera batalla habían caído más de 1.500 hombres.

Pero la victoria naval cambió las tornas y Santiago capituló una semana después. Sorprendente decisión del general Linares, sin duda abatido por la suerte de la escuadra. La prensa madrileña viró en redondo su línea editorial, convirtiendo en titanes a los yanquis, y el Gobierno se apresuró a negociar un armisticio. En conclusión, la ineptitud de Linares, más diez horas de lucha en unas avanzadillas y dos horas de combate naval dieron fin a cuatro siglos de presencia española en América.

En Filipinas la situación había permanecido en aparente calma hasta la declaración de guerra por Estados Unidos. Primo de Rivera dedicó esos meses a urgir de Madrid la total reorganización del ejército permanente de Filipinas, y a desaconsejar cualquier tipo de concesiones políticas: “Ofrecer hoy reformas sería inútil —dijo—, pelean por la independencia”⁵⁰.

Sagasta aceptó su protocolaria dimisión, presentada seis meses antes, y envió a Filipinas al general Basilio Augustin, que llegó a Manila en vísperas del ultimátum estadounidense. “La lucha será breve y decisiva —anunció ingenuamente al hacer pública la ruptura de hostilidades—. El Dios de las Victorias nos la concederá tan brillante y tan completa como demandan la razón y la justicia

⁴⁹ WESTER, Arvid M. T. E., (1906) *El combate de “El Caney”*, Madrid, Est. Tip. El Trabajo, y (1909) *El combate de San Juan*, Madrid, Revista Técnica de Infantería y Caballería.

⁵⁰ PRIMO DE RIVERA, op. cit., p. 23.

de nuestra causa”⁵¹. En realidad, sólo la ayuda divina podría evitar la catástrofe que se avecinaba. La escuadra del almirante Dewey, el mismo día que Augustin pronunciaba la frase anterior, partió de Hong Kong y el 1 de mayo destruyó a la española fondeada frente al arsenal de Cavite.

Aquella catástrofe naval tuvo dos consecuencias inmediatas: reactivó y generalizó la insurrección tagala, encabezada de nuevo por Emilio Aguinaldo, y provocó la deserción masiva de los soldados indígenas. Augustin se encastilló en Manila y su inexplicable pasividad durante el mes de mayo permitió que los insurrectos cercaran la ciudad y coparan los pequeños destacamentos que Polavieja había desperdigado por Luzón un año antes.

En julio, tras conocer la capitulación de Santiago, Aguinaldo proclamó la República filipina y 11.000 soldados yanquis desembarcaron al sur de Manila. Al sentirse respaldados, los filipinos se lanzaron al asalto de sus muros, pero fueron rechazados. Los estadounidenses exigieron entonces la rendición incondicional. Al negarse Augustin, su escuadra se alineó frente a la ciudad amurallada y, bajo el amparo de su artillería, los filipinos rompieron las defensas y Manila capituló el 14 de agosto.

Manila desempeñó el mismo papel que Santiago de Cuba. Su rendición arrastró consigo la pérdida del Archipiélago, cuyas dispersas guarniciones recibieron orden de ponerse al amparo de los yanquis. Sólo una, sitiada en la iglesia de la aldea de Baler, en la costa oriental de Luzón, se negó a capitular hasta recibir órdenes por conducto reglamentario. La obstinación de su jefe, Saturnino Martín Cerezo, un teniente de la escala de reserva de origen muy humilde, permitió que la capitulación de Filipinas, plagada de errores militares, culminara, si no feliz, al menos dignamente.

La inmensa mayoría de los jóvenes que España envió a Ultramar observó un comportamiento ejemplar, apenas reconocido por sus compatriotas cuando fueron repatriados. Los cerca de 150.000 que, en los últimos meses de 1898, arribaron a Barcelona, Coruña y Santander, se desperdigaron por ciudades y aldeas, muchos en críticas condiciones sanitarias, otros mutilados o inutilizados para el trabajo, y todos sin ayuda económica, ni apoyo institucional.

⁵¹ Memoria dirigida al Excmo. Sr. Ministro de la Guerra de los principales sucesos ocurridos en Filipinas y sitio de Manila durante el mando del Teniente General D. Basilio Augustin y Dávila, nombrado Gobernador General, Capitán General y General en Jefe del Ejército del Archipiélago por Reales decretos del 4 de marzo de 1898: <http://general-augustin.webcindario.com/sitiobad/MEMORIAS.html>. Consultado por última vez el 26 de marzo de 2013.

Es difícil hacerse una idea de la catástrofe personal, familiar y social de la repatriación de 1898. Quizás en ella estén las claves de muchos de los comportamientos populares del primer tercio del siglo xx. Valga para refrendar esta reflexión la frase de Martín Cerezo, escrita en 1904, comparando el calvario sufrido por sus soldados en Baler, con la tragedia humana a que se vieron abocados los supervivientes:

Muchos de aquellos hombres deben de vivir todavía; ¿qué será de ellos?; quizás de nuevo se vean caídos en la estrechez y los andrajos, por causa de las fuerzas perdidas, por falta de socorro, y no hallen en su angustia ni aun el derecho a la protección de algún asilo⁵².

⁵² MARTÍN CERESO, Saturnino, (1934) *El sitio de Baler: notas y recuerdos*, 3.ª ed., Madrid, Imp. de Cleto Vallinas, p. 103.